

ANALOGÍA DEL SER: LOS POSIBLES Y LA IMPOSIBLE-POSIBILIDAD, REINOS CONFRONTADOS

ALFONSO PÉREZ DE LABORDA
FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO
MADRID
www.apl.name

a los amigos del Seminario de Tlalpan, Ciudad de México

I

Una manera de adentrarse en lo de la analogía¹ es deslindar el ámbito de lo 'posible' de lo que tiene que ver con la 'imposible-posibilidad'. Lo posible se da en nuestro pensamiento. Es él quien cogita sobre el conjunto de los posibles; aquello que se deriva de lo que avanzamos como lo que existe, o al menos, puede existir, deduciéndolo de otros pensamientos anteriores que nos señalan la posibilidad de eso que decidimos como con un haber de posi-

¹ Estas reflexiones continúan las de "Analogía del ser: ¿cuestión de creatividad o de mero pensamiento?", que se leen en A. PÉREZ DE LABORDA (ed.), *Jornada sobre la analogía* (Madrid 2006) 183-216. Se escribieron, siguiendo sus propios caminos sueltos, al hilo de lo hablado en la conferencia pronunciada el miércoles 14 de noviembre de 2007 en el congreso *La analogía. Unidad y diversidad de lo real*, organizado por el ISEE en el Seminario Conciliar de Tlalpan de la Ciudad de México. Fueron tomando cuerpo en la red, <www.archimadrid/paralipomenos>, a partir del *Paralipómenos*, 443. Disfrutan de un añadido que nada tuvo que ver con la conferencia mexicana: la respuesta a la pregunta sobre la vida extraterrestre en otros mundos. Este texto formará parte, en su día —lejano todavía—, del libro *Paralipómenos 3*, en cuyo contexto fue escrito.

bilidades Todo se juega en nuestro pensamiento y en las reglas de su funcionamiento, las cuales también son pensamiento nuestro. Cuando estos pensamientos quieren ser muy técnicos y precisos emplearemos en su comienzo mismo una cabecera de axiomas super-asegurados, puesta por la inteligencia de nuestro propio pensar, y de ahí deduciremos nuevos y nuevos pensamientos. Nos los ingeniaremos para que nos sirvan en nuestro hablar sobre el mundo; pero las proposiciones, palabras y frases con las que decimos al mundo no se salen de lo predefinido en lo que consideramos la justeza de nuestros primeros pensamientos. En este juego nada se sale de los posibles, siendo ellos una determinación clara de la conjunción ordenada y lógica de nuestro propio pensar. Podríamos decir así que ser es pensar y que pensar es ser. Todo se juega en el pensar pensamientos y estos nunca pueden salirse de nuestros pensamientos posibles. Será lo complicado que se quiera, pero todo pensamiento de hoy o de mañana debe ser posible; por tanto, debe ser pensamiento sobre un posible. El regidor del cuento no puede ser otro que el propio pensar pensamientos. Y los pensamientos sólo lo serán cuando los hayamos construido según un método apropiado y sean pensamientos posibles dentro del sistema cerrado de nuestros pensamientos.

Digo cerrado porque no cabe en él ningún no-posible. Así pues, el pensamiento domina lo que hay. El pensamiento dominará al ser. Este sistema del pensar pensamientos, con una serie de apoyaturas —entre las cuales está la experiencialidad, la triangulación sobre ella y, seguramente, el método, sobre esto tenemos ya conocimientos paralipoménicos—, se asegura el dominio sobre lo que puede haber, sobre lo que puede ser; lo que ello sea debe estar regido por nuestro propio pensar pensamientos posibles.

Tal es el pensar unívoco. Uno de sus variantes más de hoy y con mayor fuerza persuasiva es una cierta manera de entender el juego de la ciencia. Nada puede ser no-posible. Dicho de otra manera que ya conocemos también aquí, nada hay o puede haber que no pueda ser naturalizable, aunque fuere en el futuro. Todo es naturalizable, porque todo ha de ser posible. Ha de estar ya de antemano en el reino de los posibles. De los posibles, es decir, en el reino de nuestro pensar pensamientos. No puede haber excepciones. Ni siquiera lo sería el pensamiento sobre Dios, caso de que pudiéramos afirmar que haya Dios. Y alguno podría llegar a mostrar, incluso demostrar, si llega el caso, que haya Dios, dada la enorme complicación posible de esto de pensar pensamientos posibles. Nadie crea que en los 'posibles' todo es sencillo y lineal. Tal es lo que suelo llamar la teoría de la 'carcasa'.

Creo que aquí deberemos andarnos con cuidado si alguien nos dice que Dios puede tener pensamiento sobre infinitos posibles. Puede. No importa

demasiado. La cuestión está en que nosotros nunca los podremos tener presentes, ni en su plena actualidad ni siquiera como posibilidad potencial. Esto hace que no podamos en ningún caso comparar los nuestros con los que ese Dios tendría. Hacerlo sería tramposo. Nuestro acceso al mundo de los posibles nada tiene que ver con el que sería el de Dios.

II

Sólo ha quedado esbozado lo del posible —tendremos que volver parali-poménicamente sobre ello—, cuando ya vamos al otro horizonte del que nosotros somos el centro, el horizonte de la imposible-posibilidad. Allá todo se quedaba en el pensamiento. Ahora no. Hay pensamiento, claro, sólo faltaría, pero la mirada del pensar no es tanto sobre sus mismos pensares, sino sobre lo que es el mundo y, más aún, sobre qué sea la realidad. Lo que en nuestro pensar parece pura imposibilidad, una y otra vez vemos que no es así; aquello tomado por imposible, se hace puro mundo y pura realidad. Allá había sólo una creatividad del pensamiento. Cosa muy buena. Ahora, sin haber perdido ni un ápice de esa creatividad de pensamiento, antes al contrario, aumentándola inconmensurablemente, nos encontramos con la creatividad del mundo y, sobre todo, siendo increíbles constructores de realidades creativas que aumentan más y más, profundizadoras incluso de nuestro propio pensar más y más, las cuales, finalmente, nos aparecen como conjuntas con lo que nos es absoluta novedad: la realidad. Hubiéramos podido creer que éramos nosotros los constructores de realidades, a cuya conjunción llamaríamos, es obvio, realidad, pero así en ningún momento hubiéramos salido de los meros 'posibles'. Ahora las cosas son bien distintas. Nuestro pensar no sale, por así decir, a crear sus mundos posibles —sin olvidar ese proceso imaginativo, ¿por qué lo haríamos?, nos puede ser, si sabemos hacernos con él, extremadamente enriquecedor cuando no dejamos que nuestro mero pensar se engañe y termine mirándose sólo a sí mismo, a su propio ombligo—, sino que descubrimos la profundidad creativa de la propia realidad y encontramos su fundamento. Pues, mirando las cosas del pensar y del ser de esta manera, en una óptica de la creación, descubrimos no sólo el más-allá que estira de nosotros, como tenemos ya adquirido en estos paralipómenos, sino que el mismo mundo es esencialmente creativo. Me explico. Con ese esfuerzo fenomenal que es la ciencia, encontramos y le imputamos leyes que nos sirven para conocerlo e incluso para dominarlo; hasta podernos creer que somos los reyes del mundo. Y, al menos en un respecto,

lo es: ningún otro ser mundanal, fuera de nosotros, tiene la capacidad de conocerlo y, en cuanto que lo vamos conociendo, de dominarlo.

La creatividad es, pues, la que nos ofrece la imposible-posibilidad. Cuando nuestra imaginación se desborda, haciéndonos volar. Cuando nuestro esfuerzo de conocimiento —siempre en el ámbito de la experiencialidad con su triangulación topográfica—, nos ofrece leyes del comportamiento de las cosas del mundo; incluso leyes tan generales como la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica y la teoría de la evolución. Todo ello es creación nuestra; no frutos de un mero “se” de impersonalidades que nos vendría dado por el castrante principio de objetividad. La creatividad de nuestro pensar sobre el mundo, capaz de la imputación de leyes y comportamientos. La creatividad del propio mundo, con grados de libertad insospechados. La creatividad de nuestros propios y esenciales grados de libertad desconocidos de las cosas mundanales, nuestras hermanas, de los animales, nuestros hermanos queridos, lo que nos hace ser, incluso para nosotros mismos, imprevisibles por entero. No porque sea capaz de lo peor, sino, precisamente, porque somos capaces de lo mejor. Creatividad que nos hace seres de amorosidad. Creatividad de la construcción de nuestras corporalidades que se expande en conjunción de realidades. Creatividad que nos hace, pues, animal de realidades. Sobre todo, llegados hasta aquí, la creatividad de la realidad que nos acoge y sostiene. La creatividad del ser en completud —el creador del mundo— que nos dona nuestro ser en plenitud.

De nuevo, enunciados que, claro, necesitan explicaciones más largas.

III

Vuelvo a los posibles. No ha quedado claro todavía; sobre todo los párrafos en que menciono a Dios. Una cosa importante es que en el ámbito del pensamiento cabe que se llegue a hablar de Dios, incluso del alma. Así está aconteciendo, por ejemplo, en las neurociencias. La cuestión decisiva hoy, me parece, es la pretensión de ese hablar que quiere captar el acercamiento a Dios y al alma: habrá de ser siempre *sólo* un hablar naturalizable, es decir, regido por la ciencia de hoy y, en su día, por la de mañana. Ya se está dando esta naturalización: reducir todo hablar que merece la pena de verdad al hablar de la ciencia, el único hablar seguro y que nos responde a las preguntas que nos planteamos sobre Dios y sobre el alma. Nótese bien lo siguiente, si se tratara de una manera nueva de agrandar nuestros conocimientos con ayuda de las nuevas ciencias, entonces perfecto, no habría problema alguno. Si la naturalización del hablar sobre Dios y de los fenómenos cerebrales que

ello pueda conllevar busca saber más, conocernos mejor, conocer de manera más adecuada aquello de lo que hablamos y lo que ocurre en nuestras configuraciones cerebrales, perfecto. Son muchas las cosas que podremos aprender. Donde sí comenzará a haber problema, y de mucha enjundia, será cuando se produzca una ideologización para reducirlo todo al ámbito de los posibles, es decir, cuando se decida que todo habrá de ser deducido de proposiciones preestablecidas, las que nos imponga una cierta metodología de la ciencia. La cuestión comienza, por tanto, cuando decimos que nada de ello será real si no se atiene al discurso en que la ciencia lo estudia y que sólo tendrá valor de realidad aquello que esta ciencia vaya logrando entender.

Comprender así las cosas, diciendo “todo es naturalizable”, es la manera en que hoy se dice la univocidad. Todo lo que hay debe ser posible, es decir, debe salir de ese discurso con determinaciones previas muy estrictas. Discurso novedoso, claro, pues hoy conocemos más y mejor que ayer, pero nunca saliéndose de los estrictos límites de la naturalización científica. Mejor todavía, para ser verdadero lo que sea el alma y Dios, por continuar con nuestro ejemplo, deberá encuadrarse dentro de la naturalización científicista, quien pone los límites en que cualquier discurso sobre ellos ha de darse; todo lo que se ofrezca fuera de esa naturalización no será sino mera palabrería. Importa poco que se me diga: mañana el discurso de la ciencia se va a sutilizar y estilizar de modo que quepan en él más circunvoluciones sea sobre Dios sea sobre el alma. Pero deberán continuar cabiendo en él, por muy evolucionado que se dé. Así, ya lo vemos, iremos adentrándonos más y más en las profundidades de la carcasa. Mas lo decisivo de la naturalización es que nunca podremos salirnos de ella.

No vale ya con decir “somos materialistas”, con lo que se esfuma el problema, pues, yendo a nuestro ejemplo, no hay ni Dios ni alma, sino que, entendiendo que hay esos problemas, además, considerándolos en extremo interesantes, sólo nos podremos encarar con ellos a través de la ciencia —la de hoy y la de mañana—, para conseguir naturalizar las respuestas a nuestras preguntas. Pero sin que quepan respuestas —y, si se me apremia, ni preguntas— que se salgan de los procedimientos establecidos por la naturalización.

Insisto en que no deben ser rechazados en ningún caso los esfuerzos de las neurociencias por conocer más y mejor lo que atañe a Dios y al alma. El problema surge cuando eso deriva en lo que ando llamando la reducción al ámbito de los posibles.

IV

Tenemos que volver a la mención de Dios que hice hablando de los posibles. Porque alguien podría decirnos que Dios puede tener pensamientos sobre infinitos posibles, de donde deduciría que los nuestros no están encerrados en una carcasa; que se salen de ella no sólo por abajo sino por todos sus costados. Vamos a ver que no sería de este modo. En el fondo, incluso si así fuera lo de Dios, mas no encuentro razones serias para que lo sea, vamos a verlo, no importaría. La cuestión candente para nosotros está en que *nosotros* nunca los podríamos tener, como decía, ni en su plena actualidad de una infinitud real de infinitos posibles ni siquiera como una infinitud potencial de infinitos pensamientos posibles. Esto haría que en ningún caso pudiéramos comparar nuestros posibles con los que llamamos infinitos posibles en el pensamiento de Dios. Hacer esa comparación sería tramposa de toda necesidad; nuestro acceso al mundo de los posibles nada tiene que ver con el que imaginamos sería el de Dios.

Entiendo como un juego tonto por parte de Dios la necesidad que tuviera de haberse todos los desarrollos de todos los pensamientos hasta la absoluta infinitud; el juego de ver, como si dijéramos, hasta dónde llega con sus propios pensamientos. Otra cosa es que nosotros demos a lo que hay la categoría de posible, es decir, supongamos siempre lo que hay como fruto de una racionalidad que nosotros, con el juego racional, podemos buscar. No creo que actuemos de otra manera, por ejemplo, cuando, mediante la ciencia, buscamos conocer mejor las cosas mundanales. En esa búsqueda es esencial la razonabilidad. Hablábamos de experiencialidad; ahora, además, podemos hablar de razonabilidad. Nunca podremos buscar el conocimiento de las cosas mundanales con la no-razonabilidad; por más que algunas veces lo que descubrimos sea mediante una ocasión meramente azarosa, cuyo resultado, en todo caso, se integrará en la razonabilidad general que le sirve de contexto. De otra manera no lo aceptaríamos como resultado plausible.

Hablar de los posibles será, por tanto, un ampliar a Dios mismo esa necesidad que hemos implantado nosotros en las cosas mundanales y sus mismas leyes de ser deducibles de aquello que hemos considerado como cabecera del pensamiento unívoco. Nada de lo que es puede ser o haber sido un no-posible. Ni siquiera en las cogitaciones de Dios. Entiendo que en él se da en grado extremo la razonabilidad, por eso no sería interesante ampliar lo que ahora todavía no nos parece posible, mediante el paso por una racionalidad a nuestra medida que imputaríamos a Dios, a algo que por necesidad ha de serlo tras esa ampliación a mayores y mejores posibles, en un juego

que se daría hasta el infinito. Por eso diríamos ya desde ahora: no podrán darse más que posibles.

Dicen muchos ser leibnicianos al pensar así, pero olvidan que Leibniz juega en dos frentes, el de Dios en su pensamiento de razonabilidad que le lleva siempre a la creación del mejor de los mundos posibles, siendo este el único que hay, el nuestro, en el que se da, por supuesto, el ansia de razonabilidad; pero esta es una idea-límite, si utilizamos una expresión no suya que vendrá al acervo del pensamiento mucho después. Mirando al Dios creador del mejor de los mundos posibles, y este es el que contiene toda la expresión de su razonabilidad —lo que tiene enormes consecuencias—, la búsqueda racional de responder a las preguntas que nos planteamos es el mejor método, el único que tenemos para obtener respuestas adecuadas sobre lo que es el mundo, nosotros mismos y la realidad. Por eso, apoyar en Dios los posibles univocistas es un mal jugar.

V

¿Serían distintas las cosas de la univocidad del pensamiento de los posibles si habláramos desde el *Deus sive Natura* que termina poniendo en el centro de generación dinámica a la pura Naturaleza? Ahora, *Deus* es ya *Natura*. El pensamiento de los posibles no sería otra cosa que la pura complejidad de lo que hay, pues ¿cómo podría darse un desapego entre el pensamiento y lo que hay? ¿Dónde encontraríamos al pensar un grado de libertad —nosotros, que somos *Natura*— con respecto a lo que, por haberlo, se puede convertir en nuestro pensamiento sobre él? Si fuera así, lo que hay quedaría convertido en el conjunto entero de los posibles. En definitiva, jamás en lo que hay se podría dar nada no-posible. Es verdad que en la generación dinámica de la Naturaleza no siempre se habrá de dar a la vez todo lo que es posible; se ofrece una historia dinámica de los posibles. Unos posibles convertidos en lo que hay, en un cierto momento, dan origen a otros posibles a los que todavía no les había tocado su momento; no porque fueran no-posibles, sino porque todavía no era llegada su hora, y cuando las condiciones de posibilidad se vieron cumplidas, se dieron unos hay que, ahora sí, serán posibles.

Se ve, pues, que se diga como se quiera, lo único que se pone como prohibición absoluta es una creatividad que lleve a que llegue jamás a haber lo imposible. Sin embargo, tal es la verdadera creatividad, la creación de *novedad absoluta*, de hacerlo real, darle valor de eso que hay, que va a haber. Nunca puede quedar reducida a manipular un reino de los posibles en

el que estos se dan, simplemente, cuando les llega su momento en el desarrollo de todo lo que hay y va a haber.

Cuando hemos quitado el *Deus* y nos hemos quedado con la sola *Natura*, se introduce un empobrecimiento, pues ahora la ligazón entre los posibles de lo que hay y va a haber vienen encerrados de manera absoluta y perentoria en ella. Ni siquiera se puede dar el juego asombroso de que en Dios exista el pensamiento de todos los posibles, en número infinito, que luego por su voluntad mandadora o juguetona hará reales sólo unos cuantos de entre ellos. Cuando el origen y maestra de todo es Naturaleza, a la cual pertenecemos con ligazón férrea, irrompible, con juegos que sólo son de libertades promovidas por leyes físicas o reductibles a ellas, los posibles que “piensa” esa Naturaleza sólo pueden tener realidad de existencia. Si no en este mundo, quizá en cualquier otro de los mundos posibles. Pues debería darse un conjunto innúmero de mundos posibles de modo que todas las posibilidades tuvieran su existencia real, cada una de ellas en el mundo que le correspondiera, pues no todas las posibilidades serían compatibles con todos los mundos posibles; sólo lo serían en el suyo. Nos veríamos abocados a defender, pues, la teoría de los infinitos mundos posibles con existencia real, tal como algunos físicos han defendido para hacer de la mecánica cuántica una ley determinista.

Así, nos habríamos cargado para siempre —¡qué horror!— la creatividad de la belleza. Ya no podríamos ser creativos para, con la pura materia del barro y de los pigmentos, pintar un cuadro que se hace con nosotros, los veedores, y nos lleva hacia un más-allá que estira de nosotros y, retroductivamente, nos trajina hacia él con estiramientos de amor. Pero, además, nos cargamos para siempre la propia creatividad del mundo y sus cosas mundanales, las cuales se nos muestran hijas de una creatividad que va más allá de cualquier nuestro pensamiento que las quiera circunscribir.

VI

He procurado poner en claro de qué manera los posibles, como a ellos me he referido, tienen que ver con una postura univocista. Veremos ahora de qué manera hablar de la imposible posibilidad es tomar partido por la analogía.

Una filosofía de la carne no se queda sólo en el puro pensar del pensamiento, sino que toca mundo, toca cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, toca realidad. Y construye pensamiento desde ese tocar. Antes, quizá, se dada predominio al sólo ver; la visión intelectual, no una visión unitiva de amorosi-

dad, era lo que parecía primar. Nada tiene que ver con la visión de Dios, por supuesto: es visión del pensar sobre el pensamiento. Ahora, en cambio, se pone el énfasis en el tocar, con un tocamiento que busca, claro es, la visión de amorosidad.

El punto clave de este ámbito de la imposible-posibilidad es doble: la creatividad y la libertad. Esta última no es sino una manera precisa y límite de aquella en lo que atañe, de manera muy especial, a nuestra carne. Hasta ahora hemos considerado sobre todo la creatividad. Por un rato, seguiremos con ella. El mundo es creativo. El cuerpo de hombres es creativo. La realidad es creativa. Creativa significa que nosotros, con nuestro pensamiento, en ningún momento la podemos agotar diciendo: la comprendimos por completo, la explicamos por entero. Siempre descubrimos en el mundo, en nuestro cuerpo y, sobre todo, en la realidad, una inmensa capacidad de nuevos grados de libertad que se nos habían escapado por completo. Hemos querido acercarnos a ellos con actitudes de predeterminación, puesto que creímos descubrir leyes y principios que nos han valido para conocerlos y hacer predicciones acertantes. Digo de predeterminación al menos en el sentido de con lo conocido sobre ellos en un cierto momento poder predecir en nuestro pensar comportamientos futuros. Esto nos ha sido interesante y sumamente válido, por supuesto. Ha fracasado, en cambio, cuando, ideologizando, les hemos ordenado que no se salgan para nada de nuestras predeterminaciones. Mundo, cuerpo de hombre y, sobre todo, realidad han ejercido su imperio de libertad. Son libres con respecto a los dictados de nuestro pensar. Dejemos de lado si también lo son respecto a los dictados de Dios, es decir, si él tiene poder y conocimiento sobre ellos, porque se nos escapan por entero, no somos vicedioses; en consideraciones del estilo a lo más que podemos llegar es a la razonabilidad de lo que hay, lo que nos pone en camino de nuestra propia razonabilidad como única trocha para explicar y comprender.

Nuestra posición es, por tanto, ambigua. Conocemos, explicamos, comprendemos, pero sólo en parte. Cada vez más, sin duda, pero siempre sólo en parte. No dominamos y vaciamos de comprensión. Siempre se nos abren caminos irrenunciables de sorpresa y novedad. Tocamos, sí, pero no poseemos. El tocamiento nos enseña a pensar. Pero nuestro pensamiento no domina lo apenas si atingido en el tocamiento, convirtiéndolo en mero posible. La creatividad de lo que hay, en los ámbitos de la tríada, nos desborda. Nos hace pensar. Nos ayuda a conocer más y mejor. Pero no nos hace creadores de lo que hay. Ni siquiera en el reino del puro pensamiento.

Avanzamos en nuestro pensar por tocamientos analógicos. De aquí aprendemos para allá. ¿Cómo podríamos avanzar si no aplicáramos el principio de Arlequín: sólo podré acercarme hacia allá si en algo lo supongo co-

mo lo de acá? Sólo puedo ponerme en un más allá si exploro desde el acá en el que, provisionalmente, me encuentro. Sólo quien es figura en un paisaje puede verlo y ampliarlo a horizonte. Sólo desde el centro se va hacia la periferia que nos circunvala.

VII

Conocemos, explicamos, comprendemos. Cada vez más, sin duda, pero siempre sólo en parte. Nuestro pensar atinge mundo, cuerpo de hombre y realidad, pero no posee el árbol de su conocimiento. Cuando, a veces ha ocurrido y ocurre, creemos haberlo conocido todo de un cierto ámbito, de pronto se nos abren abismos infinitos de mayor complejidad. No veo razones para pensar que va a ser así hasta un cierto momento y que desde entonces todo vendrá a ser diferente. ¿Por qué habría de suceder de tal modo? No digamos si pensáramos que tal cosa ha acontecido antes, pero a nosotros ya no nos pasará lo mismo. Vana ilusión de personas todavía en la mamonería. Y lo es porque nuestra atingencia es siempre un puro llegar apenas a tocar. Suficiente, es verdad, para conocer mucho del mundo y dominarlo en una serie de puntos muy salientes. Pasa lo mismo con nuestro cuerpo de hombre. La medicina muestra las dos cosas a la vez, lo que sabemos y nuestros abismales desconocimientos. En cuanto a lo que atañe a la realidad, basta con recordar la diferencia tan asombrosa que hay en la mirada a la obra de arte, la de quien conoce todas sus meras externalidades y la que se introduce en las puras internalidades y, tras decir: me gusta, se deja arrastrar hacia un más-allá de belleza. Aquí sólo apunto cosas que paralipoménicamente ya sabemos.

El univocista vive de sus ilusiones ideológicas, que enmascara como puros pensamientos creadores de todo ser. Pero cuando se empeña en su ideología ya no toca ser. El analógico sí toca ser. Ser mundanal. Ser carnal. Ser de realidades. El primero cree que ese ente que él define es el fundamento último de todo ser, de todo lo que hay; mejor aún, lo estamos viendo, de todo lo posible. El segundo, en cambio, atinge en el ser en completud el fundamento de todo ser; él, que es acción de ser, acto de ser, da el ser del mundo, de nuestra carne y de la realidad misma. Nos dona, así, nuestro ser en plenitud. El primero impone mundo, cuerpo de hombre y realidad con su propio pensamiento. Deja al mundo sin sus propios grados de libertad, obligándolo a ser como a nuestro pensar le va interesando. Deja a nuestra carne maltrecha, pues la reduce a cuerpo de fisicoquímica y cuerpo de animal; nos confunde con nuestras hermanas las cosas mundanales y nuestros herma-

nos los animales, ellas y ellos, sin embargo, mutilados también en su corazón más íntimo. Deja a la realidad maltrecha, pues le extirpa el punto último y central de la belleza. Ya no estaremos circunvalados por la belleza. La materia ya sólo será mera materia. La creación ya no podrá ser jamás el primer regalo que el Creador nos hace. Habremos extirpado la metáfora —no la de tus ojos son como membrillos del poetastro—, el hombre ya no podrá ser metáfora de Dios. A lo máximo, dios será metáfora de un hombre al que, arrancándole su carne se le ha reducido a cuerpo, cuerpo mineral, cuerpo animal en su mera estimulidad.

El univocismo es una ideología reductora de lo que somos, de todo lo que es. Reducirnos a lo seco, lo logificable, lo naturalizable. Es estirar de nosotros hacia abajo, hacia lo que se nos da en el origen; sin sorpresas que aturullen a nuestros pensamientos tan claros. Es deseo de vaciarnos en nuestro saber. Es visión dominadora. La analogicidad, por el contrario, es vivir circunvalados por la libertad y la creatividad. Circunvalados por la belleza. Es atingencia de tocamiento en busca de la plena visión. Pero esta sólo el ser en completud se la puede dar.

VIII

Lo posible se da en el pensamiento; se trata de pensamientos posibles en nuestro sistema entero del pensar. El ser sigue al pensar; el pensar predetermina al ser. Por eso, indican posibilidades de aquello que en la naturaleza es o va a ser. Por eso, de necesidad absoluta, todo es naturalizable. Pero, siendo de tal modo, no hay creatividad del mundo en cuanto tal. Todo él es previsible por el pensar, diremos, con fórmula clásica, que en última instancia. Lo demás no es más que mundo, finalmente, naturaleza. Puede haber retrasos, desconciertos, una difícil historia de descubrimientos; pero no puede haber sorpresas, una vez que pensamos las cosas en su total profundidad. No puede haber creación de novedad. El mundo no puede ser creativo más allá de lo que termine dominando nuestro pensar. Quizá porque la creación no es sino la creatividad de la Naturaleza. Y nada se puede escapar a lo que sea pensarla. Nada puede escaparse al pensamiento que ella genera dentro de sí misma.

Hablar del ser análogo es pinchar ese globo. Es dejar las puertas abiertas a lo que en nuestro conocimiento del mundo, del cuerpo de hombre y de la realidad, no naturalizables, viene dado por el exceso. En esta tríada todo es puro exceso. Un exceso, además, que va de menor a mayor. Este ámbito de pensamiento tiene en cuenta el exceso, vive de él y con él. No rechaza nin-

gún modo de pensar, pero tampoco se restringe a uno sólo. Está abierto a la creatividad del exceso. Hablamos del mundo, pero este es más. Hablamos de nosotros mismos, pero somos más. Construimos realidades, pero estas encuentran su conjunción creativa en una realidad que es más, excesivamente más. Nuestro pensar no seca y domina ninguno de los tres elementos de la tríada, de menos a más, repito. Nuestra razón, si se quiere nuestro entendimiento, es húmedo, tiene huellas y señales de humedades que lubrican todo lo que es, provocando su enorme creatividad. Su constante ir hacia más, su no quedarse jamás en lo menos, en el mirar, simplemente, hacia atrás, pensando que esa mirada será dominadora. No lo ha de ser, pues todo nos hacer mirar hacia ese adelante en el que la creatividad de los elementos de la tríada, de menos a más, se convierte en atingencia de tocamiento. Tocamiento de ser. De ser más.

Hablar del ser análogo nos pone delante del enorme chorro de la libertad. Nos hace palpar los grados de libertad de los elementos de la tríada, siempre de menos a más. Pues todo lo que vamos diciendo de la apertura a la creatividad tiene que repetirse, en el modo suyo, sobre la libertad. El ámbito de los posibles, es decir, el de la univocidad del ente, corrompe la libertad, la entierra. No la considera. Incluso, mucho más, quiere domeñarla, que doble la cerviz, pues hablar de grados de libertad, en una palabra, hablar de libertad, rompe en su misma raíz la razonabilidad de cualquier búsqueda de la reducción. No, por supuesto, cuando la utilizamos sabiendo perfectamente lo que hacemos y cuáles son sus límites —toda reducción de la química a fisicoquímica supone un avance, es claro—, pero sí cuando, con ella, buscamos la ideología de la naturalización y de lo naturalizable.

El ámbito de la analogía, por el contrario, nos hace ver la estructura en la que pasamos de las corporalidades como construcción de realidades a la realidad que se nos ofrece y se nos dona. Es entonces cuando el pensamiento se nos abre. Ahí, el conocimiento, que ordena dando su quicio más profundo a la tríada deseo, imaginación y razón, se nos ofrece desde una realidad donada.

IX

He hablado de exceso, de chorro de libertad; por tanto, de la imposible-
posibilidad. No podemos limitarnos a los posibles, pues nuestras realidades
los exceden por entero. La realidad del mismo mundo, primero, que se nos
va en sus extremos grados de libertad más allá de todo lo que quiere cir-
cunscribirla, si es que quiere hacerlo no en un poquitín, sino por entero. La

realidad de nuestro cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, en una sola palabra, de nuestra carne, que, por más que sólo fuera en una pizca, excede el cuerpo mineral y el cuerpo animal. Pero una pizca que hace de nosotros lo que somos; que hace posible lo que diríamos imposible. Que da al ser de lo que cada uno de nosotros somos una complejidad similar a la del entero universo. Creadores de corporalidades que desafían toda clasificación reductora. Pues hasta nuestras propias corporalidades, que nosotros construimos con nuestras manos, modelando la materia, adquieren capacidades insospechadas por sus creadores. Ellas se nos constituyen en acciones de belleza. Portillos por los que nosotros accedemos a la belleza; que abren espacios en nuestra vida para que nuestras líneas de universo converjan en un punto de más-allá por demás sobresaliente, pues punto que estira de nosotros para irnos constituyendo en lo que, porque hemos de ser, ya desde ahora vamos siendo. Todo esto que aventuro tiene que ver con la analogía de un ser que se nos dice de muchas maneras, todas ellas descubridoras de ámbitos creativos nuevos, diferentes, más empeñados, más cercanos a la belleza. Una belleza que, estando en definitiva siempre más-allá estira de nosotros en nuestro acá que se convierte ya en un allá de promesas y de esperanza.

Sólo en el ámbito de la analogía del ser se nos ofrece esa sorpresa decisiva: la de ver cómo incluso nuestras corporalidades, las que nosotros construimos para ofrecernos un conjunto de realidades, pues somos animal de realidades, nos señala *una realidad*, realidad de belleza, que se nos ofrece y se nos dona. Una realidad a la que convergen esas líneas de universo que marcan nuestra acción de futuro hacia ese punto de más-allá, punto Omega lo suelo llamar, que estira de nosotros, haciendo que nuestras realidades se empasten y se acompasen a una realidad, realidad de belleza, que en su estirar nos da un ir siendo que aspira con firme esperanza a nuestro ser en plenitud. En ese punto Omega, en definitiva, resplandece quien es acto de ser, el ser en completud.

Es entonces cuando el pensamiento se nos abre. Ahí, como decía, el conocimiento, la razón que ordena dando su huella más profunda a la tríada deseo, imaginación y razón, se nos ofrece desde una realidad donada. Este pensamiento, esta razón, es el logos, claro.

De otra manera el pensamiento se cierra sobre sí, en la carcasa, y todo ser queda reducido por nuestro pensar a ente unívoco, reducible, naturalizable. Se acabó, pues, la creatividad. No una creatividad ordenada y teledirigida; pero sí la creatividad que se desborda en la creación de belleza partiendo de la humilde materia. Y, más aún, la creatividad que es el regalo que el Creador del mundo nos ofrece. El mundo es así don y regalo, nuestro primer regalo. Está ahí en lo que él es, no en aquello a lo que nosotros nos empe-

ñamos en reducirlo. Materia, humilde materia, y, sin embargo, explosión de creatividad que nos muestra su belleza. Una belleza puesta ahí, si vale decir así, para nosotros, para que nosotros también aprendamos a construir nuestras corporalidades mirando a la belleza. A ir haciendo que nuestro ser en plenitud alcance en el resplandor de la esperanza la fuerza entera de la belleza.

X

Roberto Aretxaga, filósofo de la Universidad de Deusto, me planteaba la cuestión de la vida extraterrestre en otros mundos. Hasta hoy no había encontrado su lugar. La consideración de los abismos que separan lo posible de la imposible-posibilidad me servirá para responder. Prueba del nueve y ejemplo para ver el interés de pensamientos aparentemente muy alejados de esta cuestión. Si el pensar busca la coherencia, claro es.

Deben deslindarse cuestiones. Vida fuera de nuestra Tierra. Inteligencia en alguno de los infinitos mundos posibles.

Visto el contexto de los planetas y estrellas que nos circundan, la primera cuestión es la de considerar si las condiciones que se han dado en nuestra Tierra, provocando el surgimiento de la vida en él, se procuran en otros planetas. No pueden ser estrellas calientes, pues en ellas la vida no alcanzaría a surgir por la temperatura demasiado elevada de la que disfrutaran: toda vida se volatilizaría. Deben ser planetas similares al nuestro. Con suficientemente cercanía a su sol para que la temperatura sea semejante. De otro modo se impediría la vida; al menos una vida superior. No tan lejanos como para que el agua sea puro hielo, lo que disuadiría una vida superior. La banda en la que la vida puede nacer es, pues, muy precisa.

Hacia la mitad del pasado siglo, con Haldane y Oparin, parecía evidente que la vida había nacido en nuestra Tierra en lo profundo de los océanos, en un medio intensamente reductor, y con una atmósfera muy oxigenada. El proceso habría sido de una moléculización cada vez más compleja, que poco a poco, siguiendo un proceso evolutivo, habría dado origen a nuestra vida terrestre. Si fuera así, en todas aquellas “otras Tierras” en las que se den circunstancias similares a las nuestras, podría haber nacido la vida; mejor, se pensaba, de seguro que habrá nacido vida como la nuestra. El proceso habría sido el mismo que aquí. Si las leyes de complejificación evolutiva son las mismas acá que allá, en la Tierra y en esas otras Tierras habrá nacido vida por igual. No hay sino ponerse a auscultar las voces que nos vienen de ellas mediante sofisticados aparatos electrónicos de escucha —como se ha

hecho con abundancia increíble de medios—, buscando ruidos celestiales en los que podamos descubrir regularidades que nos indiquen la existencia de un lenguaje adviniente de otros seres vivos como nosotros, en grado evolutivo parejo. Proceso de descubrimiento de otros continentes y traducción de signos que indican otras expresiones escritas que utilizan símbolos y gramáticas distintas a las nuestras, pero conmensurables con ellas y, por tanto, traducibles.

Hasta el presente, que yo sepa, no se han oído todavía esas voces celestiales. ¿Mañana? Quizá, pero eso lo hemos de ver mañana.

El razonamiento anterior, nótese bien, es límpido: va de un origen, apoyándose en unas leyes —ambos supuestos conocidos con toda su objetividad—, a lo que por posible se ha de hacer real. Se mira hacia atrás, encontrándose un origen conformador, un experimento a gran escala que en lugar de en el laboratorio se ha dado en la misma Tierra, de donde, siguiendo leyes perfectamente determinadas, obtenemos resultados. Es un proceso de clara científicidad: cuantas veces repitamos el experimento, si se hace conforme a las reglas establecidas, el resultado se ha de dar por igual. Luego ha de haber vida en otras Tierras. No se puede poner en duda que así sea.

Mas ¿es un razonamiento basado en un emperramiento racional? Creo que no. Es un típico razonamiento que procede en el ámbito del ente unívoco.

Vamos a ver algunos elementos de crítica a esta manera que me parece poco racional de ver las cosas.

XI

No creo razonable pensar que este gran experimento que se dio en el laboratorio Tierra, cuantas veces la Naturaleza lo repita, en condiciones iniciales similares, dará idénticos resultados. Las cosas de la evolución son más complicadas y, según dicen los grandes defensores del neodarwinismo, como sabemos, no creo factible que haya una acción de finalidad tal que en condiciones de similitud se han de obtener resultados idénticos. La complejidad de desenlaces es tan grande que en ese proceso se da una multitud cuasi infinita de especies. Esto me lleva a pensar que, incluso en condiciones iniciales similares entre las otras Tierras y la nuestra, los resultados hubieran podido ser por demás distintos, y acertar con ese estrecho límite que lleva —en la vieja hipótesis— a nuestra vida es mera casualidad. Lo cual sólo podría haberse hecho realidad en una infinitud de mundos posibles.

Lo curioso es que, por la segunda mitad del siglo XX, Juan Oró y otros científicos elaboraron una muy distinta hipótesis del nacimiento de la vida en nuestra Tierra. Moléculas decisivas para la existencia de la vida se habrían conformado en lejanísimas galaxias, y la casual confluencia en nuestra Tierra de elementos que llegaron desperdigados hasta ella viajando en meteoritos dio ocasión para que, conjuntándose en nuestra Tierra, hicieran aparecer los elementos necesarios y suficientes para que acá se diera el surgimiento de la vida. Esta teoría es la que ha sido aceptada en los últimos decenios. Que se haya repetido en otras Tierras esa enorme casualidad que se dio en la nuestra es ínfimamente improbable. Puede, quizá mejor, seguramente se darán aquí y allá elementos primitivos de vida, esquejes de vida; pero nada más.

En esta hipótesis, de nuevo, habrá que decir que sólo cuando ese proceso de curiosa meteorización se repita un número infinito de veces en un número infinito de mundos posibles, entonces, y sólo entonces, cabe la posibilidad de que la vida haya surgido en otros lugares del cosmos. Porque la probabilidad cero sólo puede dar ocasión a algo similar a lo acontecido con la vida en la Tierra cuando se da un número infinito de repeticiones, esto es, en la actualidad de una infinitud de mundos posibles. La condición de posibilidad, en esta hipótesis como en la anterior, pasa por la existencia actual de un infinito potencial, creados *ad hoc* por nuestro pensamiento, siempre tan ansioso y sugestivo, para resolver el problema.

Parece ser que, últimamente, la ciencia progresa una barbaridad, una bestialidad, como decía don Hilarión: algunos científicos vuelven a mirar con ganas la hipótesis de Haldane y Oparin. La verdad es que esta era mucho más fácil de congeniar con una mirada materialista al mundo que es el nuestro. Para el razonamiento que aquí intento pergeñar importa poco que sea más plausible una hipótesis o la otra.

Como he esbozado brevemente, por tanto, hay respuesta a esa pregunta siempre que nos adentremos en el ámbito del pensar en el reino del ente unívoco.

Porque cualquiera de las dos respuestas a la pregunta, además de ser un ámbito bien interesante de búsqueda de lo real, de lo acontecido, de lo que las cosas son, se han contextualizado filosóficamente por algunos de manera que caben a la perfección en lo que he llamado el reino del ente unívoco. Mirar a los orígenes. Orígenes siempre idénticos. Aplicar leyes. Leyes siempre idénticas. Obtener resultados de esos experimentos en que hemos convertido lo que sabemos en el acá para aplicarlos, tal cual, a lo que acontece allá. Hacerlo con actitud férrea que lleve las cosas direccionalmente desde unas mismas condiciones iniciales y mediante unas parejas leyes a idénticos resultados: luego hay vida en otros mundos.

XII

Algo hemos visto sobre la vida fuera de nuestra Tierra. Vayamos ahora a la inteligencia en alguno de los infinitos mundos posibles, pues podría tratarse, quizá, no de una vida inteligente, por tanto de una inteligencia encarnada, sino de una inteligencia desvinculada por entero de la carnalidad. En una filosofía del cuerpo como la acá defendida no tendría sentido alguno hablar de ella, pues para nosotros, la inteligencia está ligada siempre a esa particular evolución de la vida que lleva a la complejidad de un cerebro como el nuestro. Si se tratara de una inteligencia carnal, hemos visto ya el esbozo de una respuesta a la pregunta que nos traemos entre manos. Tendría que ser una inteligencia de la Naturaleza misma. Pero no acabo de entender de qué manera esa inteligencia se podría dar en el puro desvinculamiento de la carne. No puede haber inteligencia mundanal que no sea vinculada a ella. En la realidad mundanal, donde no hay carne faltan las mismas condiciones de posibilidad de la inteligencia; de todo pensamiento; de toda comprensión y explicación. Podría darse que se tratara de una inteligencia como la de Dios. Pero entonces es claro que el *Deus sive Natura* no podría traducirse por “Dios, es decir, la Naturaleza”, pues en la naturaleza —hay que ponerla ahora en minúsculas, para referirnos a esta naturaleza que es la nuestra, la de las cosas mundanales— no hay inteligencia fuera de la carnal. ¿Cabría hablar de inteligencias angélicas? Puede, pero en todo caso no se trataría tampoco de inteligencias en el mundo, de inteligencias carnales, pues esos ángeles en nada compartirían con nosotros la materialidad.

Es seguro que no podrá darse una inteligencia de este tipo excepto si en algún remoto o cercano lugar del entero universo apareciera una inteligencia que nada tuviera que ver con la experiencialidad cerebral. Mas no podrá darse inteligencia de esa clase si allá no hubiera aparecido en comandita con ella una carnalidad, tratándose, por tanto, de una inteligencia carnal, encarnada. La inteligencia mundanal está ligada inextricablemente a la materia. No puede ser de otro modo. Y lo que doy por seguro es que, excepto en las películas de sobrenaturalidades, no hay en el entero mundo una inteligencia descorporizada. De la misma manera que acá no podemos construir ordenadores inteligentes —sí, por ejemplo, más rápidos que nosotros en su funcionamiento calculatorio, etc—, tampoco allá la Naturaleza puede construirse a manera de ordenadores suyos propios, también ellos ordenadores descarnalizados.

No viendo nada fácil que haya carnalidad fuera de esta nuestra Tierra, parece del todo seguro que no hay vida inteligente fuera de ella. Sólo podrían pensarse como reales cuestiones así, me parece, si nos adentramos, como

ya hemos visto, en ese ámbito de una direccionalidad sin finalidad que arranca de unos orígenes que actúan de aquellas capitula axiomáticas que, en el progreso de nuestro pensamiento, van derivando proposiciones de respuesta, incluso recurriendo para ello a una actualidad infinita real del infinito potencial. En una palabra, sólo cabe una respuesta que es, me parece, puro emperramiento irracional que cae por entero en el ámbito de lo que he llamado el ente unívoco.

Entiendo que desde que hablo de la vida extraterrestre en otros mundos, mis pensamientos se convierten en un puro esbozo, marcando líneas del pensar más que respuestas elaboradas. Es obvio. Pero valgan como anuncio de posibles desenvolvimientos posteriores de un pensamiento.

Queda por ver solamente, y también en un puro esbozo, la respuesta que cabría dar a ese problema planteado desde el ámbito de la analogía del ser, al que lo hemos visto en íntimo entremezclamiento con una filosofía de la carne que platica con toda su fuerza de la imposible-posibilidad.

XIII

Hablar de infinitos mundos posibles es una trampa saducea. No los podemos conocer todos. Tan lejanos que la información no ha tenido tiempo de llegarnos todavía. Podríamos decir lo que se nos antojara de ellos. Siempre que cumplieran nuestras propias reglas de racionalidad. Pero entonces se ve claro: lo que ellos sean, su realidad, depende inexorablemente de nuestro pensar. Sin sorpresas. Faltaría más. Podríamos poner en ellos lo que, dentro de nuestras propias reglas, suficientemente elásticas, como lo son, nos diera la gana. Sería como un juego de niños en la plaza de su pueblo. Miran cuidadosamente desde la alta torre de su iglesia y se dicen: ya he visto el entero mundo. Niños, para colmo, un poco locuelos y atontolinados, pues no se dan cuenta de que quedan encerrados, y enterrados, en el reino del ente unívoco. Que rompen con la inmensa creatividad de nuestro mundo, de nosotros mismos y de la realidad, para quedar enjaulados en un pensar canijo y reductor. Para colmo, muy adecuado a los hilos de quienes quieren poseernos, y tan fácilmente lo consiguen cuando jugamos a esos juegos reductores.

Desde el ámbito de la analogía del ser la respuesta vendrá dada por aquella canción de la película de Hitchcock: lo que sea, será. No intentaremos poseer el mundo, poseerlo con nuestro pensamiento, sino estar abiertos a lo que él sea, lo que seamos nosotros mismos y lo que sea la realidad. En toda su grandeza. Grandeza inconmensurable de creatividad. Asombrosa conjunción de grados de libertad. Apenas si nosotros podemos seguir algu-

nas de sus líneas de desenvolvimiento con nuestra acción racional. Acción racional, por supuesto, no de una razón secante, logificadora, razón pura, razón de puras purezas, razón inexistente, razón de ideologías, sino con la nuestra, razón húmeda, razón sopesante, razón de emperramientos racionales. Una acción racional abierta a toda novedad creativa. Quicio de una tríada —deseo, imaginación, razón— con marcada direccionalidad que nos hace caminar por esas líneas de universo convergentes que nos señalan lo que llamaba el punto Omega. Punto de belleza. Punto de transparencias transfiguradas.

Lo que nos parecía imposible, lo que no entraba en nuestras cuentas, aparece como realidad. ¿Quién podría haber adivinado el nacimiento de nuestra inteligencia, siempre inteligencia carnal, claro es, observando los primeros estadios del árbol de la evolución? En todo caso, 'ese' que podría haberlo adivinado somos nosotros mismos bien anclados en nuestro hoy. Nadie, ningún ser mundanal, hubiera podido verlo en aquellos tiempos. Sólo desde el ahora nos cabe el pensar adivinante. Lo que rige nuestro pensar, por tanto, no es un principio de objetividad que nos desvincularía de nosotros mismos para ponernos en algo así como el punto de vista de Dios, como si fuéramos vicedioses —¿os acordáis cómo en aquél libro sobre la historia del tiempo, del que se vendieron carretadas de ejemplares en todas las lenguas del mundo, el científico-escritor daba la mano a Dios para irle enseñando cómo era su creación?: el vicedios sabía más sobre la creación que el Creador—, sino el principio antrópico. El conocimiento nunca es el conocimiento de un 'se'; siempre el de un sujeto.

Terminaré con estos temas —¿puede un filósofo dar por terminado un tema?—, considerando que avanzamos mediante emperramientos racionales. No pensamos cualquier cosa; nuestra acción racional sopesa los asuntos con cuidado sumo. Pero tampoco nos emperramos irracionalmente en que lo pensado ya es pensamiento para siempre. Avanzamos por caminos meandrosos y extremadamente complejos, siempre en busca de la verdad. No nos quedaremos, por eso, en ese pensamiento tan fácil: bueno, eso es lo que yo pienso, tú piensa lo que quieras. De nuevo, pensar así es reducirse al ente unívoco.

Hay que pensar realidad.

Resumen.- El artículo son unas reflexiones sobre la analogía del ser. Quieren ser el desarrollo de algunas ideas sobre el paralelismo entre los ámbitos encontrados de lo 'posible' y de la 'imposible-posibilidad' con las abisales diferencias entre el ente unívoco y el ser análogo.

Summary. - *The article is about some reflections on the analogy of the being. These reflections want to be the development of some ideas about the parallelism between the conflicting "possible" and "impossible-possibility" fields with abyssal differences between the univocal and the analogous being.*